
El orden de Dios para los cónyuges

No hay problema que pueda surgir entre cónyuges, para el cual no se halle solución en una comprensión más profunda de lo que significa unirse el uno al otro, llegar a ser "una carne" con su cónyuge.

Es la intención de Dios, por regla general, que el hombre encuentre a su pareja. Esto es confirmado aun por las estadísticas. Nacen aproximadamente el mismo número de hombre y mujeres en el mundo. Después de una guerra, cuando la población masculina ha disminuido, hay un sorprendente número de nacimientos de bebés del sexo masculino. Esto sucedió en Europa inmediatamente después de la guerra. En el curso de una generación, se restableció el equilibrio de la población.

I. Unión establecida por Dios (Mateo 19:3-9)

El matrimonio es un contrato entre dos individuos, el que puede disolverse si hay causa suficiente. Esto es lo que dice la sociedad.

En Mateo 19:4-6, los fariseos vinieron hasta Jesús para ponerle a prueba sobre la cuestión del divorcio. Este pasaje nos enseña, la forma y manera en que Jesús respondió a las preguntas de estos.

La Biblia no da lugar a dudas en cuanto a que el matrimonio es para toda la vida; la separación y el divorcio son contrarios al orden de Dios.

Los matrimonios que se disuelven estrictamente sobre la base de las excepciones permitidas por las Escrituras son los menos, y hay una buena razón para ello: Cuando tan siquiera uno de los cónyuges está determinado a vivir de acuerdo a la Escritura, muy raramente el matrimonio se disolverá.

Los cristianos necesitan reconocer que al tomar el nombre de Cristo, aceptan una norma matrimonial diferente de la que es permitida por las autoridades civiles.

Si es que una persona verdaderamente inocente tiene que sobrellevar la carga de un matrimonio infortunado, hay esperanza para ella aun en sus sufrimientos; y aun éstos, para el hombre rendido a Dios, son la más completa escuela de purificación, y de disciplina en la virtud; los años perdidos en cuanto a felicidad terrena resultan en ganancia para la eternidad. Dios no tiene temor de pedir a los suyos que soporten penalidades, si ésta es la mejor manera de que sus propósitos sean cumplidos. Bien pudiera suceder que con el fin de preservar el matrimonio como una institución de Dios, algunas personas tuvieran que soportar un matrimonio infortunado. Pero los cristianos pueden determinar que ellos vivirán de acuerdo a las leyes de Dios, a pesar de las normas predominantes en el mundo que les rodea.

Tampoco debieran los pastores y consejeros cristianos suavizar la ley de Dios por supuesta compasión y preocupación por los que han sido tomados en una desafortunada situación matrimonial. Llegan tiempos cuando a un cristiano debe decirse que debe soportar penalidades por causa de Cristo, y éste es ese tiempo. Los males del divorcio son suficientemente grandes para el individuo mismo. Luego del divorcio, el mal que se le hace a la sociedad en general es todavía mayor.

El destructivo espíritu de nuestra época se manifiesta con mayor encono en nuestras leyes de divorcio, precisamente porque el matrimonio es el fundamento preciso y la piedra angular de la sociedad entera. Pero el peor de los males es el que se hace al gobierno y autoridad de Cristo, pues el divorcio contraría directamente su palabra. (Mateo 19:6). Cristo expresó aquella palabra a raíz de su profundo conocimiento del lugar central que ocupa el matrimonio en los eternos planes de Dios para la humanidad. La persona que altera una palabra tan solemne de Cristo, lo hace con gran riesgo espiritual.

Conforme a Mateo 19: 7-9, vemos como los fariseos se opusieron a la norma divina establecida por Dios sobre el matrimonio y el divorcio, basándose en la ley de Moisés. Sin embargo, Jesús les dijo que nunca la ley ordenó el divorcio, sino que presentó un procedimiento para el divorcio cuando el corazón humano se negaba a aceptar el plan de Dios para el matrimonio.

Algunos matrimonios se arruinan cuando un cónyuge insiste en vivir de forma inmoral, pero Dios no condena al cónyuge traicionado. Muchos matrimonios se han salvado cuando ambos cónyuges le entregaron el

problema a Dios y permitieron que su perdón reinara en respuesta al genuino arrepentimiento.

Relación de pureza—(I Cor. 6:18-20 y 1 Cor 7:1-5)

La Biblia muestra con toda claridad que Dios ha designado la relación sexual para mejorar el compromiso de toda la vida de los cónyuges. Todo ejemplo positivo de intimidad en la Biblia señala el compromiso. Se condena toda expresión sexual fuera del matrimonio. Dios estableció principios estrictos para la expresión sexual para que las personas pudieran disfrutar de una relación pura consigo mismas y para que glorificaran a Dios.

Nuestra sexualidad está arraigada en lo más íntimo de nuestra personalidad e incluye nuestros más íntimos sentimientos. Cuando los creyentes se conservan puros para un cónyuge, su sexualidad reafirma las características como el amor, la lealtad y el tierno afecto dentro de ese matrimonio.

El sexo no es una invención del Hollywood del siglo XX. Es creación del Dios santo y eterno, quien nos ha dado también instrucciones definidas para su correcta expresión en las relaciones del matrimonio. La unión sexual en el matrimonio es un misterio maravilloso de Dios. Ocupa un espacio relativamente pequeño en el matrimonio, sin embargo sin esa unión el matrimonio no es matrimonio. Aún cuando es predominantemente un acto físico, involucra mucho más que meras sensaciones físicas. Produce una vinculación tan profunda de dos seres humanos que la Biblia habla de ellos como de "una carne". Es una entrega profunda y fundamental de uno, una rendición de los poderes de procreación a otro. Pero mientras más éxito alcanza esta relación, tanto mayor es el grado de satisfacción personal obtenida por ambas partes. Dios creó al hombre y a la mujer con capacidad para el placer sexual, y su intención ha sido que ellos gozaran de esto en el matrimonio.

El sexo es sólo uno de los aspectos del matrimonio. Esposos y esposas debieran esperar que su relación sexual significara un tiempo de placer pasado juntos. Una clave para esto es la aceptación total de su relación sexual tal como es.

Aún cuando uno participe de la relación más que nada por deber, puede crecer y desarrollarse una relación feliz. Es cierto, hay ocasiones en todos los matrimonios cuando uno u otro de los cónyuges participa de la relación sexual más por deber que por pasión. Tal manera de encarar el problema sexual no está por debajo de la dignidad del acto mismo o de los cónyuges. Si uno de los cónyuges desea la relación sexual, el otro debiera responder a ese deseo. La esposa y el esposo que adoptan esta manera realista de enfrentar el problema del sexo, descubrirán que éste es un aspecto maravillosamente satisfactorio de su matrimonio por la sencilla razón de que la relación tiene sus raíces en la realidad, y no en algún ideal artificial o imposible.

Una vez que los creyentes se casan, tienen obligaciones el uno con el otro (v.2-5). La relación sexual es una de estas obligaciones. Debido a su importancia debe ponerse a un lado sólo temporalmente para tareas espirituales, tales como largos períodos de oración y ayuno (v.5).

Dentro del matrimonio, la expresión sexual a través de los años crea un lazo invisible pero profundo que va más allá del análisis descriptivo de la psicología popular del matrimonio. La unión espiritual del matrimonio se fortalece con esos momentos íntimos en que las parejas son totalmente sinceras entre sí.

Compromiso de toda la vida (1 Cor. 7:10-16)

Ya sea que se considere el matrimonio desde el punto de vista de la esposa o del esposo, la orden es la misma: no se separe de su cónyuge.

Aun cuando el cónyuge de un cristiano sea inconverso, aclaró Pablo, el matrimonio debe permanecer intacto. Esto tiene sentido desde dos puntos de vista:

El cónyuge que desinteresadamente quiere lo mejor para el otro hará todo lo posible por contribuir a la supervivencia del matrimonio.

El cónyuge cristiano deseará hacer todo lo que pueda para atraer a Cristo a un cónyuge inconverso.

La santidad de la unión matrimonial no disminuye cuando un cónyuge es inconverso. El matrimonio sigue siendo una relación pura delante de Dios. El cónyuge creyente no se mancha por el contacto íntimo con un cónyuge incrédulo.

La estimación mutua, y una correcta comprensión del lugar que Dios le ha asignado a cada uno, son las condiciones primarias de la felicidad en el matrimonio.

Estimar a su cónyuge es verle como más que un individuo, es verle como uno que ha sido colocado por Dios en una posición sagrada. La estimación mutua protege a un matrimonio para que no caiga víctima de los inevitables altibajos que habrá de encontrar. Dios espera que el amor en el matrimonio descansa sobre un fundamento más estable. Ese fundamento es una consideración de la posición en la cual el cónyuge ha sido colocado por Dios. Dios no establece el matrimonio sobre el fundamento de una mera atracción natural.

Los matrimonios felices no son invención de nuestra cultura. Lo que es invención de nuestra cultura es la noción de que el amor romántico es la única base sólida para el matrimonio. El amor es un ingrediente esencial del matrimonio. El matrimonio le da al amor una situación de estabilidad y permanencia, dentro de la cual puede crecer hasta la madurez. El matrimonio rescata al amor de la tiranía de los sentimientos fuertes pero inmaduros. Obliga a una persona a soportar tiempos de dificultad, y por medio de ellos a conquistar nuevas profundidades de amor y comprensión.

Nunca debiera permitírsele al amor tiranizar un matrimonio y amenazarlo con su disolución. Cuando hemos entrado al matrimonio, Dios nos ordena amarnos el uno al otro. El amor, desde el punto de vista de Dios, no es la base para el matrimonio, sino el producto o el resultado de un matrimonio de éxito. Contribuimos a cultivar y a desarrollar el amor porque nuestras mentes se empeñan en ello. En el matrimonio no somos víctimas indefensas del amor, tratamos que el amor sea el sirviente voluntario de nuestro matrimonio.

Esta clase de amor no crece en el suelo arenoso de nuestros sentimientos inmediatos. Tiene sus raíces profundamente hincadas en el rico subsuelo de la estimación mutua. La mujer considera a su cónyuge en la alta posición que Dios le ha conferido con el nombre de "esposo"; del mismo modo el hombre protege a la mujer a quien Dios ha honrado con el nombre de "esposa". La reverencia por dignidad y el honor que

Dios ha colocado sobre el cónyuge de uno establece el amor del matrimonio sobre una base durable.

En el matrimonio cristiano, la meta ha de ser siempre un compromiso de toda la vida.
